

Visto pues el agravio tan notable
Y la objecion siniestra del soldado,
Por el gran testimonio incompensable
A la casta fenisa levantado,
Pareciéndome cosa razonable
Mostrarle que en aquello andaba errado
El y todos los más que me escuchaban,
Que en la misma opinion también estaban:

Les dije, que queriendo el Mantüano
Hermosear su Eneas floreciente,
Porque César Augusto Octaviano
Se preciaba de ser su descendiente,
Con Dido usó de término inhumano
Infamándola injusta y falsamente,
Pues vemos por los tiempos haber sido
Eneas cien años antes que fué Dido.

Quedaron admirados en oirme,
Que así Virgilio á Dido disfamase,
Haciendo instancia todos en pedirme
Que su vida y discurso les contase;
Yo pensando también con divertirme
Que la cuerda al trabajo algo aflojase,
Los quise complacer, y también quiero
Daros aquí razon de mi primero

Cuento una vida casta, una fe pura,
De la fama y voz pública ofendida,
En esta no pensada coyuntura
Por raro ejemplo y ocasion traída;
Y una falsa opinion que tanto dura
No se puede mudar tan de corrida,
Ni del rudo comun mal informado
Arrancar un error tan arraigado.

Y pues de aquí al presidio yo no hallo
Cosa que sea de gusto, ni contento,
Sin dejar de picar siempre el caballo,
Ni del tiempo perder solo un momento,
No pudiendo eximirme, ni escusallo
Por ser historia y agradable el cuento,
Quiero gastar en él, si no os enfada,
Este rato y sazon desocupada.

Que el áspero sujeto desabrido,
Tan seco, tan estéril y desierto,
Y el estrecho camino que he seguido
A puros brazos del trabajo abierto,
A término me tienen reducido,
Que busco anchura y campo descubierto,
Donde con libertad sin fatigarme
Os pueda recrear y recrearme.

Viendo que os tienen sordo y atronado
El rumor de las armas inquieto,
Siempre en un mismo ser continuado,
Sin mudar son ni variar sujeto:
Por esparcir el ánimo cansado,
Y ser el tiempo cómodo y quieto,
Hago esta digresión, que acaso vino
Cortada á la medida del camino.

Y pues una ficción impertinente
Que destruye una honra es bien oída,
Y á la reina de Tiro injustamente
Infama y culpa su inculpable vida:
La verdad que es la ley de toda gente,
Por quien es en su honor restituida,
¿Por qué no debe ser siendo cantada
En cualquiera sazon bien escuchada?

Que la causa mayor que me ha movido,
Demás de ser cual veis importunado,
Es el honor de la constante Dido
Inadvertidamente condenado;
Preste pues atencion y grato oído
Quien á oír la verdad es inclinado,
Que el mal ofrende aun dicho en pasatiempo
Y para decir bien siempre es buen tiempo.

Cartago antes que Roma fué fundada,
Setenta años contados comunmente,
Por Dido, ilustre reina venerada
Por diosa un tiempo de la tiria gente:
Del rey Belo su padre fué casada
Con el sumo pontífice asistente
Del gran templo de Alcides, el cual era
Después del rey la dignidad primera.

Este es aquel Siqueo ya nombrado
A quien Dido guardó la fe inviolable,
Varon sabio en sus ritos y abastado
De bienes y tesoro inestimable;
Mas lo que para alivio habia llegado,
Fué causa de su muerte miserable:
Que en fin lo que cudicia mucha gente
Ninguno lo posee seguramente.

Dejó Belo dos hijos herederos,
Uno Pigmaleon y el otro Dido,
A quien en los consejos postrimeros
Encargó la hermandad y amor unido:
Lo cual aunque duró los dias primeros,
De cudicia el hermano corrompido
Por haber los tesoros del cuñado,
Le dió la muerte envuelta en un bocado.

Sintió pues la mujer su muerte tanto,
Que no bastando á resistir la pena,
Soltó con doloroso y fiero llanto
De lágrimas un flujo y ancha vena,
Y cubriendo de triste y negro manto
Los bellos miembros y la faz serena,
Con pompa funeral coremoniosa
Dió al cuerpo sepultura suntüosa.

Y aunque del casto amor notable indicio
Fué el soberbio sepulcro y monumento,
No igualó en la grandeza el edificio
Al dolor de la reina y sentimiento:
Que siempre con devoto sacrificio
Y continuos sollozos y lamento,
Llamando al sordo espíritu hacia
A las frias cenizas compañía,

Diciendo: «¿Es justo, dioses, que yo quede
En este solitario apartamiento?
¡Ay, que de tibia fe y amor procede
No acabar de matarme el sentimiento!
El mal no es grande que sufrir se puede,
Y corto al que no basta sufrimiento;
Mas quiere el cielo dilatar mi muerte,
Porque dure el dolor mas que ella fuerte.»

Aunque el odio y rencor disimulaba
Contra el pérfido hermano poderoso,
Venganza al cielo sin cesar clamaba
Con ira muda y con gemir rabioso;
Y cuando sola á ratos se hallaba,
Desfogando aquel impetu bascoso
Soltaba con un bajo son gimiendo
La reprimida rabia y voz, diciendo:

«Traidor, dime, ¿qué caso irremediable
Debajo de hermandad y ley fingida
A maldad te movió tan detestable
Contra tu misma sangre cometida?
Si fué sed de riquezas insaciable
Quitárasle el tesoro y no la vida,
Templando tu impiedad y furia insana
El amor y respeto de tu hermana.

»Si no miraste, ingrato, al beneficio
Que dél como cuñado recibias,
Miraras al nefario sacrificio,
Que del hermano de tu madre hacias,
Y al malvado y horrendo maleficio
En tu pecho forjado tantos dias,
Pues no podrás decir que fué accidente,
Que nunca nadie es malo de repente.

»Si de tu enorme intento y desatino
Me hubieras con indicios advertido,
No por tan duro y áspero camino
El tesoro alcanzaras pretendido;
Mas el mal, cuando viene por destino,
No puede ser á tiempo prevenido.
¡Ay! ¿Qué aprovecha el lamentarme ahora
Que siempre es tarde ya cuando se llora?

»¿Por qué, fiero enemigo, así quisiste
Dejarte arrebatar de tu deseo,
Tan ciego de codicia, que no viste
Que matabas á Dido con Siqueo?
Materia de maldad al mundo diste
Con un hecho atrocísimo y tan feo,
Que durará en los siglos por memoria
De tu traicion la abominable historia.

»¿Cabe en razon, es cosa permitida
Que siendo tú traidor, siendo tirano,
Perverso, atroz, sacrilego, homicida,
Tengas con estos nombres el de hermano?
Y viéndome contigo convenida,
Mi crédito andará de mano en mano,
Padeciendo mi honor agravio injusto,
Que no dice la fama cosa al justo.

»Mas si huyo de tí, fiero enemigo,
Te irritó á que me sigas, pues que huyo,
Si á mi marido en la fortuna sigo,
Todo lo que pretendes queda tuyo;
Si habiéndole tú muerto estoy contigo,
Mancho la fama y mi opinion destruyo,
Que en parte ya parece que consiente
Quien perdona lijera y fácilmente.

»¿Qué medio he de buscar á mal tan fuerte,
Que el cielo ni la tierra no le tiene,
Y aquel forzoso y último mi suerte
Porque padezca mas me le detiene?
¡Ay! que si es malo desear la muerte,
Es peor el temerla si conviene,
Que no es pena el morir á los cuitados,
Sino fin de las penas y cuidados.

»Mas ya que el ser tú rey, y recatado,
La venganza legitima me impida,
Procuraré atajar tu fin dañado
Con muestra doble y hermandad fingida;
Y cuando pienses verte apoderado,
Quedarás con mi súbita partida
Sin hermana, tesoro y sin derecho,
Y con la infamia del enorme hecho.»

Así la triste reina dolorosa,
Sobre el rico sepulcro lamentando,
Pasaba vida triste y soledosa
La venganza y el tiempo deseando;
Pero de alguna fuerza recelosa,
De su prudencia y discrecion usando,
Doméstica, amorosa y blandamente
Al hermano escribió, que estaba ausente:

Haciéndole entender, que ya cansada
Del llanto y soledad que padecia
En aquellos palacios y morada
Do tuvo un tiempo alegre compañía,
De la triste memoria lastimada,
Dando algun vado á su dolor, queria
Irse con él, poniendo fin al lloro,
Con todas sus riquezas y tesoro.

Para lo cual secreta y prestamente
Una fornida flota le enviase,
Donde con todo su tesoro y gente
En arribando al puerto se embarcase;
Porque con el seguro conveniente
El mar que estaba en medio atravesase,
Que era solo el temido impedimento
De su esperado y último contento.

Llegada pues la nueva al ambicioso
Rey, de aquello que tanto deseaba,
Viendo que al fin y puerto venturoso
Sus cosas la fortuna encaminaba;
Alegre mas que nunca y codicioso,
Luego una gruesa flota despachaba
De naves y galeras, bastecida
De gente, de regalos y comida.

Llegó al puerto la flota deseada
Con presta y no pensada diligencia,
Do la gente del rey desembarcada
Fué luego á dar á Dido la obediencia:
Que mostrando placer de su llegada,
Con loable cuidado y providencia
Hizo luego hospedar toda la gente
Espléndida, cumplida y largamente.

En siendo tiempo, la cuidosa Dido
A su gente mandó que se aprestase,
Y con alarde y público ruido
Los empachados muebles embarcase:
Haciendo que de noche y escondido
En su nave el tesoro se cargase
Con tan grande secreto, que ninguno
Tuvo dello noticia ó rastro alguno.

Tenia sesenta cajas prevenidas,
Llenas de gruesa arena y aplomadas,
De fuertes cerraduras guarnecidas,
Con dobles planchas de metal herradas:
Estas fueron en público traídas;
Donde á vista de todos embarcadas
Daban muestra que en ellas iba el oro,
Las joyas, las riquezas y tesoro.

Luego Elisa con tierno sentimiento
Del lastimado pueblo se embarcaba,
Dando presto la vela al manso viento,
Que favorable en popa respiraba:
La nave con sereno movimiento
El llano y sosegado mar cortaba,
Comenzando á seguir toda la flota
De la alta capitana la derrota.

Aquella noche y el siguiente dia
Corrió con viento próspero la armada,
Mas ya que el mar las costas encubria,
Y del todo se vió Dido engolfada,
La noble y obediente compañía
Al borde de su nave congregada
Hizo en torno allegar la demás gente,
Que á la vista también fuese presente:

Diciéndoles con pecho valeroso,
Que su designio y pretension no era
Ir al injusto hermano cauteloso,
De quien era enemiga verdadera,
Porque con trato y término alevoso,
Debajo de hermandad y fe sincera,
Movido de sacrilego deseo
Había dado la muerte á su Siqueo.

Por donde ella también, no asegurada
De sus secretos fraudes y traiciones,
Quería dejar la cara patria amada,
Su reino, su morada y posesiones;
Y al mar dudoso y vientos entregada
Buscar nuevas provincias y regiones,
Adonde con seguro viviria
Lejos de su dominio y tiranía.

TOMO I

Y pues que sus riquezas habían sido
La causa de su daño y perdimiento,
Matándole por ellas el marido,
Y lo serian quizá del seguimiento,
Todas consigo las había traído
Con voluntad y resolute intento
De echarlas en el mar do pudiesen,
Porque jamás á su poder viniesen.

Hizo luego sacar allí tras esto
Los cofres del arena barreados,
Y con alarde y auto manifiesto
En el profundo mar fueron lanzados.
Los ministros del rey con triste gesto,
Atónitos, confusos y turbados
Se miraban, teniendo por estraña
De la animosa reina la hazaña.

Y por el grave caso discurriendo,
Que mudos y espantados los tenia,
La furia del rey mozo conociendo
Que el perdido tesoro aumentaria,
Suspensos y medrosos no sabiendo
Qué razon ó descargo bastaria
A que el airado rey no los culpase,
Y en ellos su furor no ejecutase.

Pues como la entendida reina viese
Camino y coyuntura aparejada,
Por do á su devocion se redujese
La gente del hermano amedrentada;
Antes que el tiempo y la tardanza diese
Lugar á alguna novedad pensada,
Haciendo sosegar toda la gente
Les dijo prosiguiendo lo siguiente:

«Amigos, que del firme intento mio
Habeis visto á los ojos ya la prueba,
Y cómo la fortuna á su albedrío
Errando por el ancho mar me lleva,
Podeis volver, si ya no es desvario,
A dar al rey la desabrida nueva
Del tesoro anegado, y mi huida
A tierra y á region no conocida.

»Pero ya conoceis por experiencia
Su irreparable furia acelerada,
Que viendo que volveis á su presencia
Sin el tesoro y prenda deseada,
Descargará con bárbara impaciencia
Sobre vuestra cerviz la mano airada,
Sin escuchar descargo ni disculpa,
Añadiendo maldad y culpa á culpa.

»Y pues es de temer la tiranía,
Y el ímpetu de un mozo rey airado,
Que así del claro reino y patria mia
A buscar nuevas tierras me ha sacado:
Quien quisiere seguir mi compañía
No se verá de mi desamparado,
Mas de todo el provecho y bien que espero
Será participante y compañero.

»El lugar y aparejo es oportuno,
Y para haber consejo me remueve,
Así que pues sois sabios cada uno
Elija de dos males el mas leve:
Si al rey volveis no ha de escapar ninguno,
Y este dolor y lástima me mueve
A querereros rogar que vais conmigo,
Por no ser yo la causa del castigo.

Para á tiempo casarlas con la gente
Que en su servicio y devocion llevaba,
Buscando alguna tierra conveniente
Donde fundar un pueblo deseaba:
Así la via de la Africa al poniente
Con favorable viento navegaba;
Mas forzoso será segun me sienta
Dividir en dos partes este cuento.



»Las muertes figurad y crüeldades,
Que en vosotros habrán de ejecutarse;
No mireis á las casas y heredades,
Que todo por la vida es bien dejarse:
Que en fortunas y grandes tempestades
Solo en lo que se escapa ha de pensarse,
Conociendo que están todos los bienes
Sujetos á peligros y vaivenes.»

A las razones de la reina atentos
Los turbados ministros estuvieron,
Y en la perpleja mente y pensamientos
Mil cosas en un punto revolvieron;
Al cabo, aunque diversos los intentos,
Todos de un parecer se resolvieron
De seguirla hasta el fin en su viaje,
Dándole la obediencia y vasallaje.

La fe con juramento establecida,
Sin que ninguno dellos rehusase,
Dando vela á la flota detenida
Mandó Dido que á Cipro enderezase,
Donde graciosamente recibida
Como allí su designio declarase,
Llevó del ciprioto pueblo amigo
Ochenta mozas vírgenes consigo.



CANTO XXXIII

Prosigue don Alonso la navegacion de Dido hasta que llegó á Biserta: cuenta cómo fundó á Cartago y la causa por qué se mató; también se contiene en este canto la prision de Caupolicán

Muchos entran con ímpetu y corrida
Por la carrera de virtud fragosa,
Y dan en la del vicio mas seguida,
De donde es el volver difícil cosa:
El paso es llano y fácil la salida
De la vida reglada á la anchurosa,
Y mas agrio el camino y ejercicio
Del vicio á la virtud, que della al vicio.

Asi Pigmaleon habia tenido
Señales de virtud en su crianza,
Y con grandes principios prometido
De justo y liberal buena esperanza;
Pero de la codicia pervertido
Hizo en breve sazon tan gran mudanza,
Que no solo de bienes fué avariento,
Pero inhumano, pérfido y sangriento.

Lo cual nos dice bien la alevosía
De la secreta muerte del cuñado,
Que alegre y contentísimo vivia
En la ley de hermandad asegurado;
Mayormente que entonces parecia
El rey á la virtud aficionado,
Que no hay maldad mas falsa y engañosa
Que la que trae la muestra virtuosa.

Esta no le salió como pensaba,
Sino al contrario en todo y diferente;
Pues no solo no vió lo que esperaba,
Pero perdió las naves y la gente.
La reina viento en popa navegaba,
Como dije, la vuelta del poniente,
Tocando con sus naves y galeras
En algunas comarcas y riberas.